

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

VI

Capítulo 151: Un momento de tsundere, un momento de arrepentimiento

Arrepentirse.

Un profundo y abrumador arrepentimiento.

Cuando el clan dragón está atrapado en sus emociones, a menudo hacen cosas que ni siquiera ellos pueden controlar.

¿Qué ancestro inculcó este mal hábito en su ADN? ¿Por qué no ha cambiado a lo largo de los milenios?



Durante el desayuno, Rosvitha apareció despeinada.

Su cabello estaba despeinado, no llevaba maquillaje y tenía unas tenues ojeras bajo los ojos.

Después de tirar impulsivamente la foto de ella y León de anoche, se quedó en la cama, sin poder dormir.

León también parecía haber regresado a la cama recién al amanecer, durmiendo apenas media hora.

Antes de que Anna viniera a llamarlos para desayunar, la pareja yacía espalda con espalda en la cama. Ambos sabían que el otro estaba despierto, pero ninguno tomó la iniciativa de hablar.

No estaban seguros de si esto contaba como una pelea.

Si así fuera, ¿por qué no era como antes? ¿Por qué no usaban palabras hirientes para atacarse, culminando en una apasionada «batalla entre dragones y humanos» que resolvería el asunto?

Pero si no contara como una pelea, ¿cómo podrían explicar las tumultuosas emociones que ambos sentían?

En la mesa del desayuno, Muen pareció sentir que algo andaba mal con sus padres.

Ella comió su desayuno tranquilamente, sin actuar de manera linda o juguetona como solía hacerlo.

La pequeña niña dragón pensó para sí misma que le preguntaría a su padre qué estaba pasando cuando él le enseñara magia más tarde.

No entendía qué significaba ser terca, qué significaba ser tsundere, ni qué eran los conflictos matrimoniales. Solo sabía que, cuando surgían tales situaciones, solo después de la separación de sus padres podían expresar sus opiniones.



León estaba mordisqueando su rebanada de pan, mientras Rosvitha de vez en cuando bebía un poco de agua, dejando intactos los suplementos y las frutas de su plato.

Éste fue el desayuno más silencioso que la familia Melkvi había experimentado en meses.

Muen terminó su comida en silencio, saltó de su silla y dijo: "Papá, te estaré esperando en el campo de práctica".

León salió de su estupor. "¿Ah? Ah... bueno, papá llegará pronto."

"Está bien, está bien."

Muen salió de la habitación.

León apartó la mirada, miró a Rosvitha y luego señaló con la cabeza los suplementos y las frutas de su plato. "Deberías comer un poco, si no, se desperdiciará".

"No es asunto tuyo."

Genial, ella estaba realmente enojada.

Ella había estado enojada con Leon antes, pero ese tipo de enojo era muy "dragoniano", con una especie de desdén real que decía: "Esta reina es demasiado perezosa para razonar contigo, no eres digno de escucharla, así que esta reina simplemente te volará".

Pero esta vez, su enojo le dio a León la clara impresión de ser la esposa de un maestro marcial haciendo un berrinche.

Recordó una ocasión en que su amo le había prometido llevar a su esposa de compras. Ella se había vestido de maravilla, incluso con un vestido precioso que rara vez se atrevía a ponerse.

Pero ese día, su amo se ocupó de otros asuntos y la dejó plantada.



Durante los tres días siguientes, no le dirigió la palabra, por mucho que él intentara enmendarlo. Sus respuestas se limitaron a una sola palabra:

"Oh."

No era tanto enojo como enfado.

León encontró que esta situación era la más problemática: su maestro y la Academia de Cazadores de Dragones nunca le habían enseñado cómo animar a una dragona malhumorada.

Ya había calmado a un burro antes, y con bastante éxito. Si le daban dos fardos de heno, meneaba la cola y volvía a trabajar.

Pero claramente un burro y un dragón no estaban al mismo nivel; no podían compararse.

Además, ahora que Rosvitha estaba embarazada de su segundo hijo, sus emociones eran aún más impredecibles, lo que hacía que fuera aún más difícil para Leon manejarlas.

Mientras se preocupaba por la situación, vio que Rosvitha comía lentamente las pocas piezas de fruta de su plato. Solo entonces León sintió un ligero alivio.

Sin embargo, tras terminar la fruta, Rosvitha no dijo nada. Se levantó, regresó al dormitorio y cerró la puerta tras ella.

León se rascó la mejilla y terminó su último bocado de pan.

Consideró si debía ir a hablar con Rosvitha, pero si las cosas salían como se esperaba, Rosvitha probablemente ni siquiera le abriría la puerta.

León la conocía bien: una vez que se ponía terca, ni siquiera ocho dragones podían detenerla.

Con el ceño fruncido, Leon se dio cuenta de que, incluso al tratar una enfermedad, primero había que encontrar la causa. Necesitaba abordar el problema subyacente que hacía que Rosvitha se enfadara.



Hacer feliz a una chica requiere más que sólo palabras.

Si esto fuera el pasado, a León no le habría importado si ella estaba enojada o no. Incluso si se hubiera enfurecido como un pez globo, no le habría preocupado.

Pero...pero ahora la dragona hembra estaba embarazada.

Estar molesto fue malo para el bebé.

Cuanto antes se calmara, mejor sería para todos, incluido el bebé.

Después de haber ideado un plan y darse una razón perfecta para sus acciones, León se dirigió al campo de práctica.

Muen vio a su padre venir solo y corrió hacia él.

León esbozó una leve sonrisa y se agachó para recoger a su hija. "¿Qué quieres aprender hoy?"

"Papá, ¿tú y mamá se pelearon?" Muen fue directo al grano.

León se quedó atónito. Al ver la carita seria de su hija, era evidente que había notado la tensión entre él y Rosvitha durante el desayuno.

Aunque su preciosa hija solía centrarse en ser linda, Leon sabía que, al igual que Noia, era muy perspicaz. La diferencia radicaba en que Noia intentaba parecer más madura, mientras que Muen se inclinaba más hacia una perspectiva infantil.

Los pensamientos de Leon cambiaron un poco y sonrió, pellizcando la mejilla de Muen. "No, papá y mamá no se pelearon".

Para Muen, la familia debía ser armoniosa, feliz y libre de conflictos. Este era un entendimiento que él y Rosvitha habían acordado desde el principio. El amor y el odio entre la pareja no debían afectar a sus hijas; eran inocentes.

Por eso León no dijo la verdad.

Pero Muen era astuto. "¿En serio, papá?"

¿En serio? ¿Papá te mentiría?

Pero esta mañana, ni tú ni mamá se hablaron. Normalmente tienen tanto que decirse.

León parpadeó. "¿Solemos... hablar mucho?"

Muen asintió con seguridad. "¡Sí, sí! Aunque no se ven mucho durante el día, siempre tienen un sinfín de cosas que decirse".

León nunca se había dado cuenta de esto.

¿Él y Rosvitha realmente charlaban sin parar cada vez que se encontraban?

Al reflexionar sobre ello, Leon se dio cuenta de que Muen podría tener razón. Sus conversaciones, ya fueran triviales o acaloradas, tenían un ritmo y una conexión que les resultaban instintivos. Quizás era precisamente esta familiaridad y este intercambio constante lo que hacía que el silencio del desayuno fuera tan discordante y perceptible para su hija.

Quizás... quizás no, pensó León. Su hija podría estar equivocada.



“Tal vez mamá no se siente bien hoy y por eso habla menos”.

León acarició la cabecita de Muen. "Te prometo que mañana por la mañana, papá y mamá volverán a la normalidad".

Rezó en silencio para poder animar a la madre dragón en veinticuatro horas.

Muen parpadeó con sus hermosos ojos grandes, abrazando el cuello de Leon con un tono serio.

"Papá."

"¿Sí?"

—Creo que tú y mamá sois como dos erizos —dijo Muen con expresión muy seria.



León se quedó atónito. ¿Qué clase de analogía tan extraña era esa?

¿En qué se parecían a los erizos?

¿Por qué dices eso?, preguntó León.

“Tanto tú como mamá tienen un exterior espinoso, pero son suaves por dentro”.

“Uh... interesante, ¿de acuerdo?”

León no sabía cómo responder a la analogía caprichosa de un niño, por lo que sólo pudo decir que era “interesante”.

Sin embargo, las siguientes palabras de Muen inesperadamente tocaron una fibra sensible en el corazón de Leon.

Si ninguno de los dos se quita las púas, no podrán abrazarse de verdad. O pinchas a mami, o mami te pincha a ti.

Utilizando el lenguaje más simple e infantil, Muen articuló una verdad que Leon nunca había considerado.

“Entonces, solo si ambos dejan de lado sus espinas podrán papá y mamá abrazarse, ¿verdad?”

León se quedó momentáneamente desconcertado por la sabiduría de las palabras de su hija. Era una observación simple pero profunda que había pasado por alto.

En sus interacciones, él y Rosvitha siempre se habían mantenido a la defensiva, sin darse cuenta de que esto les impedía conectar genuinamente y consolarse mutuamente. La inocente perspicacia de Muen le dio a Leon una nueva perspectiva sobre cómo abordar su relación con Rosvitha.

León se quedó congelado y sin palabras por un momento.

Él y Rosvitha siempre habían intentado mostrar suficiente amor y armonía frente a Muen y Noia, pero ¿Muen todavía los veía como un par de “erizos”?



León había pasado por alto un hecho interesante: el mundo interior de los niños es puro e inmaculado, lo que les permite sentir las emociones más genuinas. Estos sentimientos no se pueden fingir; por muy bien que se mantenga la fachada, siempre habrá defectos que solo los niños pueden percibir.

León no sabía exactamente cómo veían sus hijas su relación, pero estaba claro que no era tan perfecta como pensaban.

Habían subestimado a sus hijas y simplificado demasiado esta elaborada farsa de una familia feliz.

León abrazó a Muen y guardó silencio un buen rato antes de exhalar lentamente y decir: «Ya entiendo lo que tengo que hacer. Gracias, Muen».

Al oír esto, la carita seria de Muen finalmente se iluminó con una sonrisa. “¿De nada, papi!”

—¿Pero dónde aprendiste una analogía tan peculiar? Papá no recuerda habértela enseñado.

"De 'Historias de la iluminación del pequeño dragón', la historia de la 'Pareja de erizos'", respondió Muen con seriedad.

Sonaba como uno de esos cuentos cortos que se encuentran en los libros de idiomas de la escuela primaria.

Sin embargo, las historias más simples a menudo contienen las verdades más profundas: verdades tan complejas que los adultos tienen dificultades para comprenderlas, mientras que los niños pueden captar su esencia.

¡Gracias al autor de 'Little Dragon Enlightenment Stories' y gracias por la historia de 'Hedgehog Couple'!

Con sus pensamientos ahora en orden, León y Muen comenzaron sus lecciones del día.



...

A medianoche, el hombre a su lado ya dormía profundamente. Rosvitha se incorporó lentamente, levantó la manta y salió de la cama con cuidado.

Llevaba un pijama rosa de pareja y pantuflas con alas de dragón, y salía de puntillas del dormitorio. Con la llegada del invierno, la temperatura exterior era un poco baja. Rosvitha se ajustó aún más el pijama mientras se escabullía entre los guardias de la puerta trasera del santuario, dirigiéndose sigilosamente a los arbustos cercanos.

Ella miró hacia arriba para confirmar que justo encima estaba el balcón de su dormitorio, luego bajó la cabeza y comenzó a buscar algo.

La foto.

Su enfado no se debía solo a Leon. En parte, a ella misma.

¿Por qué era tan terca? ¿Por qué le importaba tanto su orgullo?

**Si ella se hubiera suavizado un poco y le hubiera dicho a León:
“Solo quiero conservar esta foto, ¿por qué te importa?”,
podría haber conservado la foto sin ningún problema.**

Ahora ella estaba tropezando en la oscuridad buscándolo.

**Ah, un momento de alegría tsundere, toda una vida de
arrepentimiento. Los pecados que creas, debes pagarlos
lentamente.**

**«¡Una vez que encuentre esa foto, la esconderé en un lugar
donde él nunca la encuentre!», pensó Rosvitha.**

**Pero habían pasado más de veinte horas desde que la reina
había lanzado la foto, y desde entonces había corrido un
viento fuerte. ¿Quién sabía dónde había ido a parar?**



**Y ahora era de noche, lo que hacía imposible ver nada en el
suelo.**

**Tras buscar durante unos veinte minutos, Rosvitha seguía sin
encontrar ni un atisbo de la foto. Un poco abatida, se agachó,
rodeándose lentamente las rodillas con los brazos y
hundiendo el rostro entre ellos.**

**El frío circundante se apoderó de ella y su cola plateada cayó
impotente al suelo debajo de ella.**

**La foto era espontánea, única en el mundo. Si se perdía...
desaparecería para siempre.**

**Ni siquiera sabía por qué le importaba tanto esa foto. Al
principio, no sabía cómo lidiar con ello, pero con el paso del
tiempo, la foto pareció adquirir un nuevo significado para
ella. Era difícil de explicar, difícil de expresar con palabras.**

Tal vez sólo al encontrarlo, Rosvitha podría entenderlo todo.

Sin embargo... temía no volver a encontrarlo nunca más.

"¿Buscas esto?"

Una voz familiar sonó a su lado.

El cuerpo de Rosvitha se puso rígido y lentamente levantó la cara de sus brazos.

La foto que había estado buscando desesperadamente ahora estaba justo frente a ella.

En la foto, ella y su cautivo se miraban a los ojos, sonriendo. La luz del sol se filtraba por la ventana del estudio fotográfico, iluminando su cabello plateado y reflejándose en los ojos oscuros del hombre, haciéndolos brillantes e impactantes.

El hombre se agachó junto a ella, poniéndose a su altura. Sostuvo la foto entre ambos. «La encontré practicando con Muen hoy. Para que lo sepas, la encontré por casualidad. No la buscaba a propósito como tú».

Rosvitha reprimió una sonrisa. «Yo tampoco lo buscaba a propósito. Solo estaba... dando un paseo».

—Oh, Su Majestad, ¿se adentró en los arbustos? ¿Se perdió?

—Vete al infierno. —Rosvitha le dio un golpe en el hombro.

Como estaban en cuclillas, les resultó difícil mantener el equilibrio y León cayó hacia atrás sobre su trasero.

Él también se sentó en el suelo, miró la foto que tenía en la mano y murmuró: “Ah, ¿sabes lo que dijo Muen sobre ti?”

"¿Qué dijo?"

“Dijo que eres como un erizo”.

La reina puso los ojos en blanco y rió entre dientes: «No me mientas. Muen debe haber estado hablando de las dos».

“Jaja, cariño, eres muy inteligente”.

-Cállate, ¿quién dijo que soy tu amor?

Rosvitha se levantó, levantó el pie y pateó el trasero de León, luego caminó hacia la puerta del santuario sin mirar atrás.



León también se levantó rápidamente y la siguió.

Cuando los guardias de la puerta trasera vieron a la reina y al príncipe regresar en pijama en mitad de la noche, pensaron que estaban viendo cosas.

“¡Buenas noches, Su Majestad, Su Alteza!” me saludó el guardia.

Rosvitha asintió levemente y emitió un suave sonido de acuerdo.

Al pasar León, le dio una palmadita en el hombro al guardia. «Mmm, la reina y yo estamos aquí para una inspección. Lo has hecho bien, mañana ascenderás».

¿Oh, ustedes dos están haciendo inspecciones en pijamas de pareja?



El guardia se irguió, con el pecho inflado. "¡Gracias, Su Alteza!"

La pareja regresó a su dormitorio uno tras otro.

“¿Dónde vas a poner esa foto?” preguntó León.

—Ponlo donde quieras —respondió Rosvitha, deslizándose en la cama.

—Mmm, intento ser amable, y tú me tratas como a un tonto. Si no te importa, a mí tampoco.

León arrojó casualmente la foto que había recuperado con tanto esfuerzo durante el día sobre la mesa de noche antes de meterse en la cama.

Esa noche, la pareja durmió profundamente.

A la mañana siguiente, León se despertó lentamente.

Rosvitha ya estaba en el tocador, preparándose.

**Se incorporó lentamente, echando una mirada a la mesita de
noche con el rabillo del ojo.**

**La foto de él y Rosvitha ahora estaba enmarcada
delicadamente y colocada junto a un retrato familiar de los
cuatro.**

Traducido por:

๕๙๗๐ - RexScan

